

oyó en medio del silencio de la capilla:—*Calla! Augusto!* Volvió la cabeza llena de asombro toda la comunidad; el predicador levantó la vista; pero la señora Albertina había vuelto á amodorrarse en su inmovilidad. Un soplo del mundo exterior, una llamarada de vida agitó un momento su figura apagada y muerta; cuando el soplo y la llamarada se extinguieron, la loca volvió á ser cadáver.

Las dos palabras que pronunció sirvieron para hacer de ellas muchos comentarios en el convento. ¡Qué misterios, que revelaciones encerraban las dos frases: *Calla! Augusto!* El duque de Rohan efectivamente se llamaba Augusto. Era, pues, indudable que la señora Albertina procedía de la alta sociedad, ya que conocía al duque de Rohan, que vivía en el gran mundo, porque hablaba familiarmente de monseñor, y que le ligaban á él acaso relaciones íntimas de parentesco, porque le llamaba por su nombre de pila.

Dos duquesas muy severas, la de Choiseul y la de Sirent, visitaban con frecuencia á la comunidad, penetrando en el convento en virtud del privilegio *Magnates mulieres*, y asustaban á las educandas. Cuando pasaban las dos viejas, todas las niñas temblaban y miraban al suelo.

El duque de Rohan, sin él saberlo, era el objeto de la curiosidad de las pensionistas. Le acababan de nombrar, mientras esperaba el episcopado, vicario mayor del arzobispado de Paris. Acostumbraba á ir con bastante asiduidad á cantar los oficios al convento del Petit-Picpus. No podían verle las reclusas porque se lo impedía la cortina de sarga; pero tenía la voz tan dulce y tan simpática que le conocían sin verle. Sabían que fué mosquetero; se decía que era un dandy, que peinaba con esmero su hermoso pelo castaño, que llevaba un cinturón magnífico de moaré y la sotana negra cortada con elegancia: todo esto hacia que llamase la atención de aquellas imaginaciones de diez y seis años.

Aunque no penetraba en el convento ningún ruido exterior, en una ocasión se oyó el sonido de una flauta; de este acontecimiento se acuerdan hoy aun las educandas de aquel tiempo.

Algún vecino tocaba aquella flauta, que siempre repetía el mismo aire: *Zetubé mia, ven á reinar en mi pecho*. Esta canción se oía dos ó tres veces cada día. Las niñas se distraían escuchándola, las ma-

dres vocales estaban trastornadas, las imaginaciones trabajaban y los castigos llovían. Esto duró algunos meses. Las educandas, todas más ó menos, estaban enamoradas del músico; cada una de ellas se creía *Zetubé*. La música provenía de la calle Droit-Mur. Ellas hubieran intentado todo lo indecible por ver, si quiera no fuese más que un minuto, al "jóven," que tocaba la flauta tan deliciosamente y que, sin saberlo él, ponía en conmoción todos aquellos corazones. Algunas se escaparon por una puerta escusada y subieron al tercer piso de la calle Droit-Mur, para probar si podían verle por entre las celosías. Imposible. Una de ellas se atrevió á pasar el brazo al través de la reja y á agitar su pañuelo blanco. Otras fueron más atrevidas aun; encontraron medio de trepar hasta el tejado: se arriesgaron y consiguieron ver al "jóven." El tocador de flauta era un viejo emigrado, arruinado y ciego, que por consolarse de su situación tocaba la flauta en su boardilla.

VI.

El convento pequeño.

Había en el recinto del Picpus tres edificios completamente distintos: el convento grande, que habitaban las monjas; el colegio, donde estaban las educandas, y el convento pequeño. Era éste un cuerpo de habitación con jardín, en el que hacían vida comun las religiosas de varias órdenes, esto es, los restos de los claustros que destruyó la Revolución: allí se reunieron los hábitos negros, grises y blancos de todas las comunidades, constituyendo lo que podría llamarse, si se nos permitiera esta extraña combinación de palabras, un convento-arlequin.

Desde la época del Imperio se permitió á estas infelices, dispersas y desterradas, acogerse bajo la protección de las Benedictinas Bernardas, y allí recibían una corta pensión del gobierno. Las religiosas del Petit-Picpus las recibieron muy bien. Allí reinaba extraña confusión, porque cada monja seguía su regla. Algunas veces se permitía á las educandas, por vía de recreo, que las visitasen, y estas jóvenes han conservado hasta la vejez, entre otros recuerdos, los de la madre Santa Basilia, los de la madre Santa Escolástica y los de la madre Jacob.

Además de las dignas monjas que acabamos de referir, había algunas viejas

del siglo que obtuvieron permiso de la madre priora para retirarse al convento pequeño. A este número pertenecían la señora Beauford de Hautpoul y la marquesa Dufresne y otras.

Hacia 1820 ó 1821 la señora Genlis, que publicaba un periódico titulado el *Intrépido*, pidió permiso para vivir en el Petit-Picpus, y la recomendó el duque de Orleans. Su entrada produjo gran rumor en la colmena; las madres vocales temblaban: la señora Genlis había escrito novelas, si bien declaró que ella era la primera en condenarlas. Había además llegado al extremo en el que la devoción se hace intransigente, y con la ayuda de Dios y del príncipe entró en la clausura, pero á los seis ú ocho meses se salió de allí, alegando por motivo que en el jardín no había sombra. Las monjas se alegraron muchísimo. La señora Genlis, aunque ya era vieja, tocaba el arpa bastante bien.

Al marcharse dejó un recuerdo en su celda. La señora Genlis era supersticiosa y latinista; estas dos palabras bastan para describirla. No hace muchos años aun se veían pegados en el interior del pequeño armario de su celda, en el que guardaba el dinero y las alhajas, los siguientes versos latinos, escritos de su propio puño, con tinta roja, sobre papel amarillo; versos que, según su opinión, poseían la virtud de intimidar á los ladrones:

*Imparibus meritis pendent tria corpora ramis;
Dismas et Gesmas, media et divina potestas;
Alta petit Dismas, infelix, infima, Gesmas.
Nos et res nostras conservet summa potestas.
Hos versus dicas, ne tu furto tua perdas.*

Estos versos, escritos en latin del siglo sexto, promueven la cuestión de si los dos ladrones del Calvario se llamaban, como comunmente se cree, Dismas y Gestas, ó Dismas y Gesmas. La ortografía de la señora Genlis pudo contrariar las pretensiones que tuvo en el siglo pasado el vizconde de Gestas de descender del Mal Ladron. Pero la virtud benéfica que se atribuye á estos versos es un artículo de fé en la orden de las Hospitalarias.

La iglesia del edificio, construida de modo que separaba el convento grande del colegio, era comun á éste, al convento grande y al pequeño; en ella se admitía tambien al público por una especie de lazareto que daba á la calle; pero todo estaba dispuesto para que ninguna de las que vivían en el claustro pudiese ver ningún rostro extraño. Figúrese el

lector una iglesia, cuyo coro hubiera asido una mano de gigante y le hubiese doblado, de modo que formase, no como en todas las iglesias, una prolongación detrás del altar, sino una especie de sala ó de caverna oscura á la derecha del celebrante; figúrese esta sala cerrada por la cortina de siete piés de altura, de que antes ya hemos hablado; y allí, sumergidas en la sombra que dá la cortina, en sus sitials de madera, las religiosas del coro á la izquierda, las educandas á la derecha, las conversas y las novicias en el centro, asistiendo todas al culto divino. Esta caverna, que se llamaba el coro, se comunicaba con el claustro por medio de un pasadizo. La iglesia recibía la luz por el jardín.

VII.

Madres y hermanas.

Durante los seis años que median desde 1819 á 1825 fué priora del Petit-Picpus la señorita Blemeur, que en el claustro se llamaba la madre Inocente. Pertenecía á la familia de Margarita de Blemeur, autora de la *Vida de los Santos de la orden de San Benito*, y fué reelegida en el cargo. Era una mujer de sesenta años, baja, gruesa, que "cantaba como una olla cascada," según dice la carta que hemos citado. Por lo demás, era una mujer excelente y la única alegre que había en el convento, por lo que la querían todas.

La madre Inocente era muy semejante á su ascendiente Margarita. Era instruida, erudita, sabia, competente, historiadora curiosa; estaba atestada de latin, de griego y de hebreo.

La vicepriora era una religiosa española de muchísima edad, casi ciega: se llamaba la madre Cineres.

Las más notables entre las madres vocales eran: la madre Santa Honorina, tesorera; la madre Santa Gertrudis, primera maestra de novicias; la madre Santo Angel, segunda maestra; la madre Anunciación, sacristana; la madre San Agustin, enfermera, etc. etc.

Había entre las más hermosas madres una preciosa jóven de veintitres años, natural de la Isla de Borbon, descendiente del caballero Roze, que se llamó en el mundo señorita Roze y en el claustro madre Asuncion.

La madre Santa Matilde, que era la encargada del canto y del coro, empleaba en él á las educandas, ocupando dia-

riamente una gama completa, es decir, á siete educandas de diez años á diez y siete inclusive, de voces y de cuerpos á propósito, á las que hacia cantar de pié, alineadas en fila por orden de edad; cuya vista ofrecia el aspecto caprichoso de una flauta de jóvenes, de una especie de flauta del dios Pan viva y formada de ángeles.

Las hermanas conversas que más querian las educandas eran sor Santa Eufrosia, sor Santa Margarita, sor Santa Marta, que era casi niña, y sor San Miguel, de larga nariz, que motivaba la risa de las pensionistas.

Todas las religiosas eran muy amables para las niñas; solo eran rígidas consigo mismas.

Solo se encendia lumbre en el colegio, y la comida de las educandas era superior á la del convento.

La regla del silencio engendró en todo el convento el fenómeno de que la palabra, que se prohibia á las criaturas humanas, la adquiriesen los objetos inanimados. Unas veces hablaba la campana de la iglesia y otras el cascabel del jardinero. Un timbre muy sonoro, que la tornera tenia á su lado y que se oia en toda la casa, indicaba con diversos golpes, como una telegrafía acústica, todos los actos de la vida material que habian de practicarse, y llamaba al locutorio cuando era preciso á tal ó á cual monja. Cada persona y cada cosa tenian su toque particular. La priora, uno y uno; la vicepriora, uno y dos; seis y cinco eran la llamada á clase; de modo que las educandas no decian nunca entrar en clase, sino ir á las seis y cinco. Cuatro y cuatro era el toque á que respondia la señora Genlis, y como se oia con frecuencia, *Es el diablo á cuatro*, decian las que tenian poca caridad. Diez y nueve campanadas anunciaban un gran suceso; tal era el de abrirse *la puerta de la clausura*, enorme plancha de hierro, erizada de cerrojos, que solo giraba sobre sus goznes para que entrase el arzobispo.

Este y el jardinero, como ya dijimos, eran los únicos hombres que penetraban en el convento. Las educandas veian á otros dos: al limosnero, que era el abate Banés, viejo y feo, al que miraban desde el coro al través de una reja, y al profesor de dibujo, señor Ausiaux, que llamaban, segun dice la carta de la que copiamos algunas líneas, señor Anelot, calificándole de *horrible viejo jorobado*.

Eran, pues, escogidos todos los hombres que entraban allí.

Tal era esta curiosa morada.

VIII.

Post corda lapides.

Después de bosquejar la figura moral del convento, no será inútil delinear en pocas palabras su configuración material, de la que el lector ya tiene una idea.

El convento del Petit-Picpus de San Antonio ocupaba casi completamente el vasto trapecio que formaban las intersecciones de las calles Polonceau, Droit-Mur, la callejuela de Picpus y el callejón sin salida que en los antiguos planos se llamaba Au-marais. Dichas cuatro calles rodeaban el trapecio como si fuese un foso. El convento se componia de varios edificios y de un jardín. El edificio principal, tomado en conjunto, era una justaposición de construcciones híbridas, que, miradas á vista de pájaro, parecian una escuadra colocada en el suelo. El brazo mayor de esta escuadra ocupaba todo el trozo de la calle Droit-Mur, comprendido entre la callejuela de Picpus y la calle Polonceau; el brazo menor era una fachada alta, gris, severa, con rejas, que daba enfrente de la callejuela de Picpus: en su extremidad estaba la puerta-cochera número 62. Hacia el medio de esta fachada, el polvo y la ceniza habian blanqueado una puercecilla vieja, cintrada, en la que trabajaban las telarañas, y solo se abria una hora ó dos los domingos y en las raras ocasiones en que salia del convento el ataúd de alguna religiosa; era la entrada pública de la iglesia. El ángulo de la escuadra era una sala cuadrada, que servia para guardar el servicio, y que las monjas llamaban *la despensa*. En el brazo mayor estaban las celdas de las madres y de las hermanas y el noviciado: en el menor, las cocinas, el refectorio, rodeado del claustro, y la iglesia. Entre la puerta número 62 y el extremo del callejón Au-marais estaba el colegio, que no se veia desde fuera. El jardín formaba el resto del trapecio, que estaba mucho más bajo que el nivel de la calle Polonceau, por lo que la cerca era mucho más alta por dentro que por fuera.

El jardín, ligeramente convexo, tenia en el centro de una pequeña altura un hermoso abeto, agudo y cónico, del que

partian, como de la punta central de un escudo, cuatro grandes calles, y otras ocho menores, colocadas dos á dos entre las primeras, de tal modo, que si el recinto hubiese sido circular, el plano geométrico de estas calles hubiera parecido una cruz puesta sobre una rueda. Todas las calles iban á terminar en las tapias irregulares del jardín, y por lo tanto eran de desigual longitud. Estaban rodeadas de groselleros. En el fondo una calle de grandes álamos se extendia desde las ruinas del antiguo convento, que estaba situado en el ángulo de la calle Droit-Mur, hasta la casa del convento pequeño, que estaba en el ángulo de la callejuela Au-marais. Antes de llegar al convento pequeño se encontraba lo que se conocia por el jardinillo. Añádase á este conjunto un patio, toda clase de ángulos distintos formados por cuerpos de las habitaciones interiores, por las paredes de prision, teniendo por toda perspectiva y vecindad la línea de tejados que se corria al otro lado de la calle Polonceau, y podrá tenerse idea completa de lo que era hace cuarenta y cinco años el convento de Bernardinas de Petit-Picpus. Esta santa mansion fué edificada precisamente en el sitio que ocupaba un juego de pelota, famoso desde el siglo catorce hasta el diez y seis, y que se llamaba *garito de los once mil diablos*.

Todas aquellas calles eran de las más antiguas de Paris; los nombres de Droit-Mur y de Au-marais son antiquísimos, pero las calles que los llevan son más viejas aun. La callejuela Au-marais se llamó antes Mangout; la calle Droit-Mur calle de los Eglantiers (de los Rosales), pues Dios ya abria las flores antes que el hombre labrase las piedras.

IX.

Un siglo bajo una toca.

Ahora que estamos dando pormenores de lo que fué en otro tiempo el convento del Petit-Picpus, y nos hemos atrevido á abrir una ventana en el secreto asilo, el lector nos permitirá otra digresión, corta, ajena al fondo de la obra, pero característica y útil para dar á conocer que hasta en el claustro hay tipos originales.

Habitaba en el convento pequeño una mujer centenaria que fué allí desde la abadía de Fontevault. Antes de la Revolución habia vivido en el gran mun-

do. Hablaba muchas veces de Miromesnil, guardasellos de Luis XVI, y de la presidenta Duplat, que trataba con intimidad. Tenia gusto y vanidad en recordar esos dos nombres. Referia maravillas de la abadía de Fontevault, que era como un pueblo, y tenia calles dentro del monasterio.

Hablaba con acento picardo, que causaba risa á las educandas. Todos los años renovaba solemnemente sus votos, y al pronunciar el juramento decia al sacerdote: "Monseñor San Francisco de Sales le prestó en manos de monseñor San Julian; monseñor San Julian en manos de San Eusebio; monseñor San Eusebio en manos de monseñor San Procopio, etc. etc., y yo lo presto, padre, en vuestras manos."

Las educandas no podian contener la risa y reian bajo los velos alegres y ahogadas risas, que hacian fruncir el ceño á las madres vocales.

Otras veces la centenaria referia historias. Decia que *en su juventud los Bernardinos no les iban en zaga á los Mosqueteros*. Era un siglo hablando, pero era el siglo diez y ocho. Describia la costumbre de los cuatro vinos en Champaña y en Borgoña antes de la Revolución. Siempre que pasaba por una de estas dos ciudades un personaje, un mariscal de Francia, un príncipe, duque ó par, el ayuntamiento le arengaba y le ofrecia cuatro copas de plata llenas de cuatro vinos diferentes. En la primera se leia esta inscripcion: *Vino de mono*; en la segunda, *vino de leon*; en la tercera, *vino de carnero*, y en la cuarta, *vino de cerdo*: estas clasificaciones expresaban los cuatro grados que vá descendiendo el borracho: el primero alegre, el segundo irrita, el tercero atonta y el cuarto embrutece.

Tenia encerrado con llave en su armario un objeto misterioso al que profesaba gran estimación. La regla de Fontevault no se lo prohibia, pero ella no queria enseñarlo á nadie. Se encerraba en su celda, que tambien se lo permitia su orden, y se ocultaba en ella para contemplarlo á solas. Si oia pasos en el corredor, cerraba el armario con toda la precipitación que sus débiles manos le permitian. Cuando le hablaban de dicho objeto enmudecía, ella que era tan amiga de la charla. Chasqueó su silencio á las más curiosas y su obstinación á las más tenaces. Ese objeto era motivo de muchos comentarios. ¿Qué podia ser esa cosa tan preciosa y tan secreta, que constituia el tesoro de la centenaria? ¿Algún libro

santo? Algun rosario único en su clase? Alguna reliquia eficaz y probada? Todas se perdian en un mar de conjeturas. Cuando murió la pobre anciana corrieron todas velozmente hácia el armario y lo abrieron. Encontraron el objeto envuelto con triple lienzo, como patena bendita. Era un plato de loza mayólica, representando amorcillos perseguidos por mancebos de botica, armados con enormes jeringas. La persecucion era abundante en gestos y en posturas cómicas. Uno de los lindos amorcillos tenia ya puesta una cala, forcejea, agita las alas y trata de volar, y el boticario reia con risa satánica. Moralidad: el amor vencido por el cólico. Este plato curiosísimo, y que tiene quizás el mérito de haber sugerido una idea á Molière, existia aun en Setiembre de 1845 de venta en una prendería del boulevard Beaumarchais.

Aquella buena vieja no queria recibir ninguna visita, *porque, decia, el locutorio es muy triste.*

X.

Origen de la Adoracion perpétua.

El locutorio casi sepulcral, de que hemos procurado dar la idea, es un hecho puramente local, que no se reproducia con la misma severidad en los otros conventos. En el de la calle del Temple, que era de otra orden, reemplazaban á los postiguillos negros cortinas oscuras, y el locutorio era un salon bien pavimentado, cuyas ventanas tenian cortinillas de muselina blanca, y en sus paredes habia cuadros de todas clases: un retrato de una Benedictina con la cara descubierta, floreros y hasta una cabeza de turco.

En el jardin del convento de la calle del Temple existia el castaño de Indias, que pasaba por ser el más grande y más hermoso de Francia, y que tenia fama entre el pueblo bonachon del siglo diez y ocho de ser el *padre de todos los castaños del reino.*

Ya dijimos que habitaban el convento del Temple Benedictinas de la Adoracion perpétua distintas de las que dependian del Cister. Esta orden no es muy antigua: solo cuenta doscientos años. En 1549 fué profanado dos veces el Santísimo Sacramento, con pocos dias de intervalo, en dos iglesias de Paris: en San Sulpicio y en San Juan de la Grève; sacrilegio horrible y raro, que conmovió toda la ciudad. El prior, vicario mayor

de San German de los Prados, dispuso una procesion solemne de toda su clerecía, en la cual ofició el Nuncio del Papa. Esta expiacion no pareció suficiente á dos mujeres dignas, á la señora Courtin, marquesa de Boucs, y á la condesa de Chateauvieux. El ultraje que se cometió con el "augusto Sacramento del altar," no se borraba del alma de estas dos santas mujeres, y creyeron que solo podria repararse con la "adoracion perpétua," en algun convento de monjas. Ambas señoras, una en 1652 y otra en 1653, hicieron donacion de grandes sumas á la madre Catalina de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, religiosa Benedictina, para que fundase con este piadoso fin un monasterio de la orden de San Benito. El señor Metz, abad de San German, concedió el primer permiso para esta fundacion, "con la condicion de que no se admitiese á ninguna que no aportase trescientas libras de renta, que suponen mil doscientos pesos de capital." Despues del abad de San German, el rey concedió reales cédulas, y las licencias abaciales y las reales se registraron en 1664 en el Tribunal de Cuentas y en el Parlamento.

Tal fué el origen y la consagracion legal del establecimiento de las Benedictinas de la Adoracion perpétua del Santísimo Sacramento en Paris. Su primer convento se "edificó de nueva planta," en la calle Casette con las donaciones de las señoras de Boucs y de Chateauvieux.

Esta orden, como se vé, no se confundió con la de las Benedictinas llamadas del Cister, y dependia del abad de San German de los Prados, como las monjas del Sagrado Corazon dependen del general de los Jesuitas y las Hermanas de la Caridad del general de los Lazaristas.

Era tambien diferente de la orden de las Bernardas del Petit-Picpus, cuyo interior acabamos de describir. En 1657, el Papa Alejandro VII autorizó por un breve especial á las Bernardas del Petit-Picpus para que practicasen la Adoracion perpétua como las Benedictinas del Santísimo Sacramento, pero no por eso dejaron de ser distintas las dos órdenes.

XI.

Fin del Petit-Picpus.

El convento del Petit-Picpus estaba agonizando desde el principio de la Restauracion; su agonía era una pared de la muerte general de la orden que vá desapareciendo, como todas las demás, desde el siglo diez y ocho. Es una necesidad humana la contemplacion lo mismo que la oracion, pero se transformará, como todo aquello en que ha puesto la mano la revolucion, y de hostil que era al progreso se convertirá en favorable.

La casa del Petit-Picpus se despoblaba rápidamente. En 1840 habian ya desaparecido de ella el convento pequeño y el colegio, y en sus claustros no habitaban ya jóvenes ni viejas: unas habian muerto y otras se habian ido. *Volaverunt.*

La regla de la Adoracion perpétua es rigidamente espantosa y ante ella retroceden las vocaciones y la orden no encuentra novicias. En 1845 quedaban aun algunas religiosas conversas; de coro ninguna. Cuántas hay hoy? En 1847 la priora era jóven, no habia cumplido cuarenta años, señal de que la eleccion se hacia entre pocas. A medida que disminuye el número, aumenta el trabajo; el servicio cada dia es más penoso, y ya se veia próximo el momento en que solo una docena de espaldas doloridas y encorvadas tuviesen que cargar con todo el peso de la terrible orden de San Benito. La carga es muy pesada y la han de llevar, pocas ó muchas. Su peso aplasta, las monjas mueren. Viviendo en Paris el autor de estas líneas murieron dos monjas, una de veinticinco años y otra de veintitres. Esta pudo decir como Julia Alpínula: *Hic jaceo. Vixi annos viginti et tres.* Por sufrir esta decadencia el convento renunció á la educacion de las niñas.

No hemos podido pasar por delante de esta casa extraordinaria, desconocida y oscura, sin entrar en ella con los que nos acompañan y nos oyen referir la historia melancólica de Juan Valjean. Penetramos en aquella comunidad, cuyas prácticas nos parecen hoy novísimas, ocupándonos de esa morada singular detenidamente, pero con respeto, á lo menos hasta el punto en que los pormenores y el respeto son conciliables. No todo lo comprendemos; pero nada insul-

tamos, colocándonos á igual distancia del *hosanna* de José de Maistre, que llega hasta la consagracion del verdugo, y de la burla de Voltaire, que llega hasta el escarnecimiento del crucifijo: falta de lógica de Voltaire, porque pudo defender á Jesús como defendió á Calas: pues, ¿qué representa el crucifijo hasta para los que niegan la encarnacion sobrehumana? El sábio asesinado.

En el siglo diez y nueve la idea religiosa sufre una crisis. Se olvidan ciertas cosas, y así debe ser, con tal de que al olvidarlas se aprendan otras nuevas. No debe hacerse el vacío en el corazon humano. Es conveniente demoler, pero con la condicion de levantar nuevas construcciones.

Esperándolas, estudiemos las cosas que ya no existen, aunque solo sea para evitarlas. Las falsificaciones del pasado aparecen con falsas denominaciones, y se adjudican á sí mismas el porvenir: lo pasado es un viajero que puede falsificar su pasaporte; estemos prevenidos y desconfiemos. La fisonomía del pasado es la supersticion y su máscara la hipocresía. Denunciemos su rostro y arranquemos su máscara.

Los conventos encarnan una cuestion compleja; la civilizacion los condena y la libertad los protege.

LIBRO SÉPTIMO.

Paréntesis.

I.

El convento como idea abstracta.

Esta obra es un drama cuyo primer personaje es el infinito.

El hombre es el segundo.

En este supuesto, habiendo encontrado en nuestro camino un convento, hemos debido entrar en él. Por qué? porque el convento, que es tan propio del Oriente como del Occidente, de la antigüedad como de los tiempos modernos, del paganismo, del buddismo, del mahometismo como del cristianismo, es uno de los aparatos ópticos que el hombre dirige al infinito.

No es este el lugar oportuno para desarrollar ciertas ideas: sin embargo, conservando nuestra reserva, nuestras restricciones y hasta nuestra indignacion, debemos decir que cuantas veces